

PUBLICACIONES **Cinema**

*Jan Kiepura
en*

50
CENTIMOS



EL

CANTANTE DE VIENA

EL CANTANTE DE VIENA

BASADO EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

Jan Kiepura

Friedl Czepa

Luli von Hohenberg

DIRIGIDA POR

CARMINE GALLONE



PELICULA HISPANIA TOBIS, S. A.

EL CANTANTE DE VIENA

I

Aquella mañana de invierno había amanecido en Viena llena de sol. La tibieza del ambiente era como una caricia y las calles de la populosa urbe se llenaban de gente que salían a recibir aquel regalo del cielo después de muchos días de invierno riguroso.

Misi, la vendedora de flores, blanca y rubia, que tiene un puesto cerca del teatro de la Opera, refresca sus violetas y sus narcisos con el agua de un pulverizador. Sus ramilletes narcisales se hinchan graciosamente al soplar en él y las flores se esponjan en aquel rocío bienhechor creyendo que llega ya la primavera.

—¡Violetas, violetas para los enamorados, violetas frescas!

Misi voca su mercancía con una vozecita insistente, pero los enamorados que pasan uno de prisa hacia el parque más próximo para decirse que la vida es amable en aquel anticipo de Abril.

Junto al puesto de Misi tiene el suyo Helmi, un vendedor de periódicos gordo y jovial.

—¡Wiener Express! ¡Wiener Express!

Pero los lectores de periódicos no tienen mucha prisa hoy por saber lo que pasa en Berlín o en la guerra de

España. La verdad grande del día es aquel sol de gloria, que ofrece la felicidad a los que terminan pronto sus tareas y puedan salir a tomarlo.

Tampoco los taxistas trabajan mucho. Todo el mundo prefiere hacer sus caminatas a pie por las aceras llenas de sol. Por delante del puesto de Mizzi pasa en este momento el taxi de Toni, que lleva a un cliente.

—Adiós, Mizzi!—enseguida vuelvo—le ha gritado el muchacho desde el volante.

Mizzi le ha contestado con una dulce sonrisa y ha seguido con los ojos al coche hasta que se ha perdido entre la circulación a lo largo de la calle.

Después Mizzi no ha podido reprimir un pequeño suspiro, que ha hecho levantarse suavemente su pecho virginal.

¿Ahora falta decir después de esto que Toni y Mizzi son novios? No, no hace falta, porque además el vendedor de periódicos, que está en todos los detalles, ha subrayado la rápida escena con un guiño pícaro, que no deja lugar a dudas:

—Wiener Express! ¡Wiener Express!, con las noticias de última hora!

—¡Violetas! ¡Violetas para los enamorados! ¡Violetas frescas!

El vendedor del vendedor de periódicos y el de la vendedora de flores atentan en la algarabía de la calle.

Los taxistas dormitan al sol sobre el volante.

Delante del puesto de Heinz se detiene un negro, marrón tocado con un hongo de dudosa elegancia. Se ha quedado inmóvil mirando las portadas de las revistas colgadas en la pared. Heinz, que está siempre de buen humor, le pasa un dedo por la cara y luego se lo lleva a los labios.

—¡Estúpido!— dice el moreno, saliendo de su actitud enigmática.

—¡Dispensa, chico!—le contesta Heinz riendo. — Como no te movías, quería saber si eras de chocolate.

Al puesto de Mizzi se acerca un estudiante. La compra un ramo de violetas y la deja de propina un propo muy bonito.

—¡Wiener Express! ¡Wiener Express!

—¡Violetas! ¡Violetas frescas!

Hasta de regreso Toni, después de dejado el cliente que llevaba cuando pasó hace un rato. Deja el coche en el extremo de la ciudad y corre al puesto de Mizzi.

Es necesario que el lector conozca a Toni, porque es el personaje principal de esta historia y antes sólo le hemos visto pasar cuando iba muy de prisa. Toni es un muchacho de rostro simpático y de estatura un poco más que mediana, sonriente y algo atolondrado, pero bueno y honrado a carta cabal, a pesar de su pobre sueldo de taxista.

Al llegar, ha cogido su novia con las manos y se stentaron los dos muy juntos sobre unas cajas vacías. Sin reparar en la gente que pasa delante de ellos, se han puesto a hablar de esas pequeñas cosas sin importancia de que hablan siempre los enamorados:

—¡Qué deseo más grandes siento uno de ser feliz en un día tan hermoso como este!—ha dicho Mizzi.

—¿No eres tú feliz?—le pregunta Toni.

—Con tu cariño, sí.

—Pero somos pobres, ya lo veo. Yo quisiera ser rico, para que tú no careceras de nada. ¿Qué harías tú, si fueras rica, Mizzi?

—Compraría, cada mañana, las flores de todas las floristas de Viena. Y tú ¿qué harías, Toni?

—Yo seguiría todos los taxis para pasear contigo.

—¡Uy, qué feliz! Si fueras rica, tendrías un coche propio, bien elegante y los taxis no te harían falta para nada.

—Eso sí que no. Me gustaría poco que me robara el chófer. Conozco el oficio. Pero enfin, tendríamos coche propio, si tú lo preferías. Lo importante es que siendo ricos, serían nuestras todas las horas del día para querernos.

Toni ha oprimido con calor las manos de su novia al decir esto y aquel calor le ha subido a ella hasta las mejillas. Son tan blancas y suaves las mejillas de Mizzi que, arrojadas ahora por la emoción, parecen hechas de nata y fresas. Ha tenido Toni que hacer un esfuerzo

muy grande de voluntad para no llegar hasta ellas con sus labios cuando ya las tenía cerca.

Allí al lado sigue Heini vocando sus periódicos. Viene de muchos, porque a favor del buen tiempo parece que todos los habitantes de Viena se han echado a la calle. Entre plegon y plegón no deja Heini de lanzar una mirada con el tabullo del ojo a la escena de los enamorados. No es que lo comulgara francamente, porque él es hombre práctico, pero le da pie para hacer ciertas reflexiones: "Me parece—dice mirando a Toni—que este va a tener hoy mucho tiempo para dudarle verbas a su novia. Hay no hay—quea tanta un taxi, si no tiene mucha prisa. Ya se ve que el amor y los negocios no marchan nunca de acuerdo."

Pero cuando Heini refrendaba así, es porque no ha visto que del Danubio va saliendo una neblina que, si al principio era leve y no hacía más que tamizar dulcemente los rayos del sol, va haciéndose cada vez más densa y acaba envolviendo en algodónes grises todos los edificios de Viena. La brisa se ha convertido en un viento frío y empieza a llover torrencialmente.

Todo el mundo se precipita hacia los taxis. También Toni tiene que correr al suyo porque el cliente le llama. Se despeñaban las aceras. El movimiento va ahora por el centro de la calle. Suenan estrepitosamente los claxons de muchos taxis, que quieren pasar todos a la vez. Heini ha tenido que echar un hule sobre los periódicos para guardarlos del agua y encima del hule ha escrito con tiza: "Cerrado por cesación de negocio hasta que deje de llover". Ahora es a él a que toca perder, mientras a Toni se le ofrece una buena jornada de propinas. También la pobre Mizzi se ha quedado desconsolada, porque ya no es fácil que vuelva a ver hoy a su novia. La felicidad es corta para los pobres.

Y nunca llueve a gusto de todos.

II

El cliente que tomó el taxi de Toni le dio el número de una casa cerca del café Astoria:

—Asíto tarde un buen rato a salir—le dijo cuando se apodó.—Haga Ud. el favor de esperarme.

Cuando el cliente iba a irse, a Toni se le ocurrió entrar en el café, donde parece había una gran animación.

En cuanto abrió la puerta, un camarero le salió al paso con toda soltura.

—Bienvenido usted aquí; en esta mesita estará usted muy bien y oírá admirativamente a los "maestros cantores". Ahora le traeré una ración de carne asada.

—Yo no pretendía almoxer—le confesó Toni, un poco sorprendido.

—No se preocupe usted de eso, lo tiene todo pagado.

El camarero se fué y volvió en seguida trayendo el plato de carne. Toni empezó a concentrar aquella situación divertida; indudablemente en el Astoria se celebraba aquel día algún acontecimiento afortunado o era el cumpleaños del dueño. En el escenario del fondo estaba sentado un hombre, que si no era precisamente un gran artista, tampoco puede decirse que lo hiciera del todo mal.

Cuando el camarero trajo a Toni el café, acabó de cantar el artista del escenario y una voz, salida no sé de dónde, se puso a gritar:

—¡El número 26! ¡Que se acerque el número 26!

La voz se propagó en seguida por la sala. Todos los clientes puestos de pie gritaban:

—¡El número 26! ¡Dónde está el número 26?

Toni iba a preguntar al camarero qué era aquello del "número 26", pero ya no pudo, porque también el camarero empezó a correr de aquí para allá, gritando como un loco:

—¡El número 26! ¡El número 26!

Toni vió que un hombre gordo en medio de la sala luchaba por abrirse paso entre la multitud de los vociferadores. Cuando llegó cerca del escenario, fuéron cesando las voces y el público empezó a reírse.

Toni se había sentado ya y estaba tomando su café. El hombre gordo se puso a cantar. ¡Qué mal cantaba! Cuando Toni se llevaba una vez a los labios la taza de café, levantó la vista hacia el escenario y por poco se le cae la taza. La dejó sobre la mesa, se puso de pie, abrió

mucha los ojos... y se echó a reír. ¡Pero si era Heini!
¡Aquel hombre gordo y sinvergüenza que en un día de lluvia se había metido a "Chansonnier" era su compadre, el vendedor de periódicos!

Sin poderse contener Toni empezó a andar hacia el escenario por entre las mesas. ¿Quién había metido al gendul de Heini en aquellos trotes? ¿Y qué trozo de opera era el que estaba cantando, que no había manera de reconocerlo?

Empezaron las risas entre el público. Desenvultura no le faltaba a Heini y había que ver como luchaba el pecho y daba puseños de aquí para allá mientras lanzaba torrentes de notas intrando al techo del café. Pero aquella voz excitada por el aguardiente y rota de vocear el "Wiener Express" acabó produciendo la risa general. Y produjo un espectáculo indescriptible. El público corrió a Heini y batía las mesas con las cucharillas. Tres señores calvos, que estaban a un lado del escenario como si fueran los presidentes del concierto o jueces de un tribunal examinador, se llevaban las manos a la cabeza y hacían señas a Heini para que se retirara. Heini no quería ver las señas ni oír la campanilla, que agitaba ya nerviosamente el más calvo de los tres. Estaba empeñado en que le oyeran hasta el final.

Unos empleados de la casa tuvieron que bajar en volandas a Heini del escenario. Y todavía seguía cantando cuando le sacaban a viva fuerza, entre las risas del público, por el centro del café.

Anticipo fue cuando Toni pudo acercarse a Heini y logró desprenderle de los brazos de los que le arrastraban como a un peido desafiado.

—¿Pero cómo has venido tú por aquí? ¿Qué idea te dio de meterte a cantar en público?

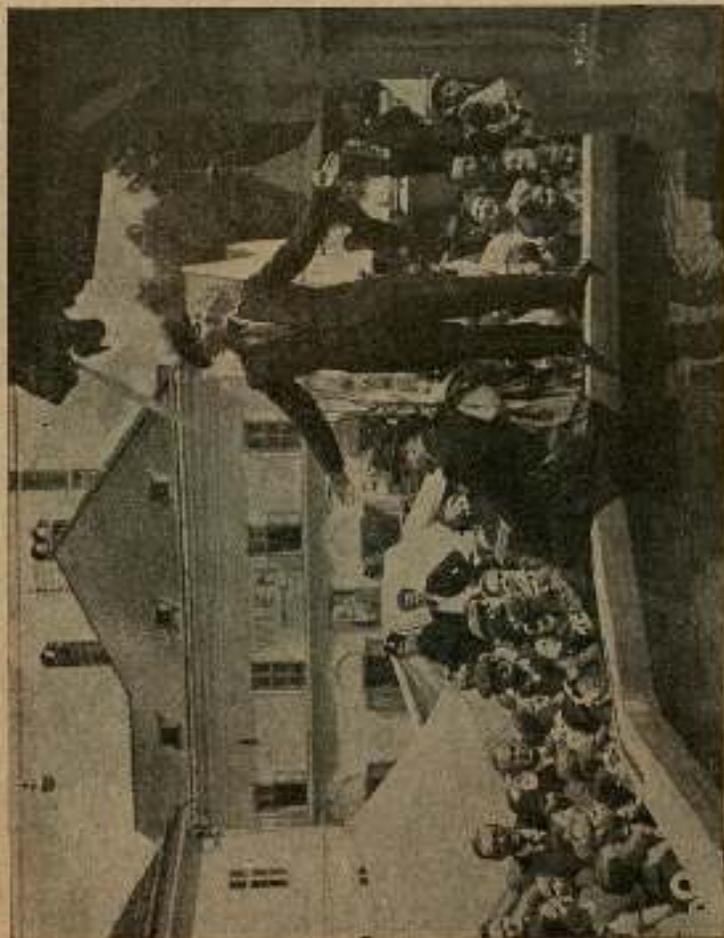
—¿Cientos chehines, Toni. ¿Tú sabes lo que son quinientos chehines? Es un concurso popular. Canta tú, que tienes buena voz, puede ser que te los ganes.

—¿Quieres que me den un pateo como a él? Yo no he cantado nunca en un escenario.

—Se canta igual que en otras partes. Ya me has visto a mí.



... pero tocaba bastante bien el acordeón ...



Se fueron los dos por mercados y ferias campesinas dando conciertos callejeros.

—Sí, ya te he visto. Vámonos, Heini. No quiero que esta gente se divierta a costa nuestra.

—¿Que se va usted?—Interviene el camarero, que había servido a Toni—. ¿Y sin cantar? ¿Por qué se comió mi carne asada? ¿Cree usted que aquí damos de comer gratis a cualquier gandul que se presente?

—A mí no me preguntó usted nada al servirme.

—¿Qué le tenía que preguntar? Un tipo de su clase ¿puede venir al café Astoria más que a tomar parte en el concurso? Cantará usted, ya lo creo que cantará. O le hago echar por la boca el plato de carne que se ha comido.

—¡Sí, sí; que cante! ¡que cante! ¡que cante!—empieza, ron a vociferar los clientes, que se habían dado cuenta de la discusión y se prometían otro rato de juerga a costa de la turbación de aquel muchacho.

Ahora fué Toni el que subió en volandas al escenario. Detrás de él subió Heini animándole.

—No te asustes Toni, que te vas a ganar quinientos cholines. Estoy seguro que te los ganas.

—Me dan miedo todas estas caras que me miran dispuestas a reírse de mí.

—Eso no tiene importancia. Te fijas en una sola y ya no ves a las demás.

—Pero ¿qué quieres que cante? Yo no se ninguna canción.

—Canta cualquier trozo de ópera conocida, alguna canción popular. ¿No sabes "En mi corazón hay sol"?

—Sí, eso lo he oído alguna vez en la radio.

—¡Pues canta eso!

La orquesta para animar a Toni, se puso a preludiar la canción y Toni sin esperar a que terminaran los sonidos del prelude, se arrancó a cantar atolondradamente.

En la sala estalló una carcajada general.

Heini que se había sentado al borde del escenario, hizo a Toni una seña para que se callara. La orquesta volvió a empezar.

Cuando llegó el momento, Heini tiró a Toni del pantalón y el tuxista empezó a cantar otra vez:

"En mi corazón hay sol
"y sólo late para ti.
"Dame la mano y ven conmigo;
"yo sólo para ti quiero vivir."

Cantaba todavía un poco cohibido, pero su voz era agradable y los que estaban dispuestos a reírse no encontraban ya el menor motivo para soltar la carcajada. Tu vieron, por el contrario, que escucharle con atención. Cuando terminó la primera estrofa le obligaron a repetirla con unos aplausos benévolo. Y luego, a cantar la segunda.

"Con tu amor, en el mundo
"nadie es más rico que yo..."

Indudablemente, aquel muchacho, que no quería cantar, estaba constituyendo una revelación. Se veía dibujada la sorpresa en todos los rostros. No tenía escuela y había que palir un poco su voz, pero ésta era de un timbre agradableísimo y atacaba hábilmente las notas altas. Cuando terminó la estrofa, estalló una ovación unánime. El escenario se llenó de admiradores, el jurado llamó a Toni para felicitarle y por aclamación general le fué concedido el premio de los quinientos chelines.

—Eres un gran artista, Toni, y yo soy tu empresario— le decía entusiasmado Heini— Ahora mismo vamos a la Opera a que te contraten.

Pero el buen Heini era demasiado optimista a fuerza de ser demasiado gordo y no sabía nada del vía crucis que tienen que sufrir los artistas hasta ser consagrados por los grandes públicos.

El director de la Opera ni se detuvo siquiera a examinar la voz de Toni cuando vió su traje demasiado usado. El nombre de Toni Kovalek no figuraba en el "anuario artístico" ni sabía el director que se hubiera inscrito nunca en las columnas de ningún periódico por los críticos de arte.

—Pues mañana lo escribirán— salió diciendo Heini—. Vamos ahora mismo a la redacción del Wiener Express.

En el Wiener Express le recibió un redactor al que

dieron cuenta del gran triunfo que acababa de obtener Toni en el café Astoria. El redactor tomó unas notas y luego los acompañó a una ventanilla de la administración dando un empleado les mostró la tarifa de precios por los reclamos de arte.

Heini cogió la tarifa y la rompió:

—Yo no sé leer — dijo con rabia.

El empleado cerró de un golpe la ventanilla y Heini seguida de Toni salió a calle descorazonado.

—¡Y que haya estado yo veintiséis años vendiendo este periódico! — salió diciendo.

Toni tuvo que volver al garaje, de donde se había despedido condicionalmente pocas horas antes. El patrón, hombre sabido, le había dicho: "Pienso bien lo que haces, muchacho. A la mejor te han embriagado con exceso las ovaciones que has oído en el café. Eres un buen conductor y yo no quiero soltarte así como así. Si en el término de un mes no has obtenido el contrato que desees, puedes volver al puesto que dejas en mi casa".

El patrón era un hombre sabio y allí estaba Toni de nuevo dispuesto a agarrarse al volante para toda la vida.

III

La familia de Toni y la de Mimi vivían en las afueras de la ciudad en dos casitas contiguas, que tenían un patio común, sembrado por una perra.

Toni vivía en compañía de su madre; y toda la familia de Mimi la constituía una abuela ya viejecita, de buen humor y excelente salud a pesar de su vejez. Ella cuidaba de la casa y tenía siempre la comida a punto cuando su nieta regresaba del puesto de flores. Heini, en calidad de huésped, se alojaba desde hacía muchos años en casa de Toni. Todos ellos, en fitenza de una convivencia bien llevada, venían a constituir una sola familia. La abuela de Mimi era también la abuela de Toni y a la madre de éste le daba Mimi cariñosamente el nombre de "Mamá". Las dos familias, juntamente con Heini, se reunían a comer bajo la perra en los días solemnes o de regocijo familiar.

El día que Toni obtuvo el triunfo en el Astoria, fué

recibido en el patio con grandes muestras de alegría. Mizzi, pasada la primera impresión halarifeña, se quedó un poco pensativa. Metió el billete de 500 chelines en la hucha donde los novios guardaban sus ahorros para la boda, pero su amor advirtió intuitivamente el peligro de que Toni se elevara demasiado por el camino de la gloria y pudiera avergonzarse un día de ser el novio de una florista callejera.

Por eso, cuando él volvió por la noche, desilusionado, Mizzi no se entristeció del todo y se dedicó a consolarle con muy gentiles razones.

—Mira, — le decía — con los 500 chelines que has traído, los 300 que ya tenemos ahorrados y un socio ocioso, hasta que busquemos, compraremos un taxi para explotarlo por nuestra cuenta.

A todos los hizo gracia la salida, con la cual volvió a brotar el buen humor de siempre y a los pocos días ya nadie se acordaba en el patio de la gran ilusión desvanecida.

Toni seguía trabajando en el garaje a satisfacción completa de su patrón y era de esperar que en su oficio no le faltaría nunca trabajo. Un día que a Toni le había "salido" un plato para una población algo distante, regresaba a Viena anochecido ya.

Poco antes de llegar, un coche de gran potencia, que venía detrás aplastándole el paso, quiso adelantársele al doblar una curva y lo hizo con tal velocidad y "abriéndose" tanto en el viraje, que atronó a un ciclista, que llegaba de frente en aquel momento. El coche causante de la desgracia, lejos de detenerse, partió como una exhalación y el ciclista quedó tendido delante del coche de Toni, que tuvo que dar un frenazo terrible para no aplastarle.

Se abrió el portón para recoger al herido, que estaba sin conocimiento y cubierto de sangre. Llegaron otros coches, bajaron unos sanitos y empezaron las inspecciones. Toni pensó cómo había ocurrido el accidente pero nadie le daba crédito. Todas las apariencias le condenaban a él.

—Todos dicen lo mismo — exclamaban los guardias con indignación. — ¡Que fue otro coche! ¡Quién se vio ese

coche? ¿Cómo era? ¿Por qué se le leenó usted la matrícula?

Toni no había podido tomar la matrícula, ni saber cómo era el coche, que pasó entre sombras a toda velocidad.

Los guardias terminaron diciendo:

—El herido, a la casa de socorro, y usted, a la comisaría.

Condenaron a Toni a veinte días de prisión y lo que es peor, le retiraron el carnet de conductor durante tres años.

Mucho le daba que pensar a Toni en los días de su encierro la pérdida del carnet, que suponía la carencia de trabajo, pero a él, que era hombre honrado y recto en todas sus acciones, le desesperaba sobre todo el verse condenado siendo inocente.

Heri y Mizzi se habían arreglado del mejor modo posible para engañar a las dos viejas de la casa, haciéndolas creer que Toni había tenido que salir para un largo viaje con unos clientes a las montañas del Tirol.

Al día que Toni tenía que salir de la cárcel, Mizzi fue muy de mañana a esperarle a la puerta. Una señora joven y elegante, que llegó poco después en un coche, se puso también a esperar a alguien. Cuando Toni salió, los novios se dieron un largo abrazo. La señora se acercó discretamente al grupo de los dos muchachos y cuando el abrazo se deshizo, Toni y Mizzi se vieron un poco sorprendidos delante de aquella elegante desconocida, que estaba aguardando a que ellos acabaran de decirse ternuras.

Ella se quedó también mirándolos con un poco de perplejidad y al cabo preguntó dirigiéndose a Toni:

—¿Es usted Toni Kovalski?

—Servidor de usted.

—Quisiera hablar con usted unos momentos reservadamente.

La situación de Toni en aquel momento no podía ser más embarazosa. No quería abandonar a su novia, que había venido a esperarle a la puerta de la prisión, pero la curiosidad le empujaba hacia aquella mujer llena de misterio, que dejaba, al marchar ya hacia su coche, una estela de perfumadas curvas.

Ella advirtió lo que le pasaba y se volvió a tiempo para decirle:

—No es indispensable que hablemos ahora mismo. Acordíbase usted, si quiere, a esa señorita y esta tarde puede venir a mi casa. Tenga usted mi tarjeta.

La tarjeta decía solamente: "Corina Dalma". Y al pie, las señas de la casa en un barrio elegante de las afueras de Viena.

Ni Misi ni Toni conocían aquel nombre y las dos novicias se marcharon hacia casa, haciendo toda clase de fantásticas suposiciones.

Al entrar en el patio, la madre y la abuela prodigaron a Toni abrazos de alegría por su regreso y hasta le encomendaron de mejor color, "gracias a los aires de la montaña".

Almorzaron todos juntos aquel día. Helmi hizo muchos honores a un buen vinillo, que había traído la abuela. En cambio Toni se quedaba muchas veces abstraído, contra su voluntad.

Y era que estaba pensando que aquella tarde le esperaba Corina Dalma.

IV

A media tarde llegó Toni a casa de Corina. Aquello no era una casa, era un palacio rodeado de flores y de bosques. Toni quedó deslumbrado y el misterio que determinaba su presencia ante el domicilio de aquella mujer destimbradora y al parecer riquísima, adquiría en la imaginación del pobre taxista gigantescas proporciones.

A él no le había gustado nunca trotar detrás de las mujeres. Jamás había deseado otro curio que el de Misi, que le amaba con ternura desde que los dos eran chiquillos. Toni era un muchacho trabajador y con aquel amor de Misi, aroma de inocencia y gusto diariamente al final de la jornada, se daba por satisfecho. Sin embargo, no había dejado de notar él la predilección con que le buscaban las clientes jóvenes y hasta alguna que no lo era tanto. A dos muchachas elegantes, que tomaron un día su coche, las oyó desde su asiento hablar de él: "Es guapo

ese chofer", decía una; la otra asentía: "Tiene unas maneras muy agradables y un aire muy simpático. Me gustaría que nos hiciera el amor". "¡Si fuera millonario!", terminó riendo la primera.

Toni recordaba ahora esto delante de la casa de Corina. Y recordaba también de que cuando los días de descanso semanal se vestía de su traje dominguero bien cortado, encontraba, como por casualidad, en la puerta de sus casas a todas las muchachas del barrio cuando él pasaba. ¿Pero, Corina? Aquella mujer era rica y hermosa. Él no la había visto nunca antes de ahora. Y sin embargo ella sabía su nombre. Y le llamaba para hablar con él. Y allí estaba él, lleno de confusión, a la puerta de su casa.

Como si en ella le estuviera esperando, apenas traspuso Toni la verja del jardín, salió a recibirle un ayuda de cámara muy sermoneosa, que después de saludarle con una leve inclinación de cabeza, le hizo pasar a un soberbio hall, digno del palacio de un príncipe. Con la punta de los dedos le cogió su abrigo y su gorra de chofer y fué a llevarlos al guardarropa. Volvió enseguida y condujo a Toni a un salón interior, donde le rogó esperara un momento, mientras avisaba a la señora.

El suelo del salón estaba cubierto casi en su totalidad por una piel riquísima y Toni la fué bordeando, con miedo de pisarla, para llegar al sillón que le había señalado el ayuda de cámara. Este desapareció sonriendo socorronamente al ver el encogimiento de aquel extraño visitante.

Los escasos momentos que transcurrieron hasta que salió Corina los pasó Toni presa de una gran nerviosidad. A pesar de ella pudo darse cuenta de que tenía delante de sí a una mujer de juventud auténtica. Su traje de casa, sencillo y elegante a la vez, realzaba la esbeltez de su figura. En el óvalo blanco de la cara destacaban más los ojos negrísimos del mismo matiz que el cabello.

Corina tendió la mano a Toni y quedó sentada en otro sillón frente a él.

—Usted, empezó diciendo, ha estado en la cárcel, según tengo entendido, por atropellar con su coche a un ciclista en la carretera...

Toni no la dejó continuar. Su descripción y aquellas pa-

Ingresos acusadoras le hicieron levantarse como aveido por un resorte y se subió en el el hombre de la calle, pues acostumbrado a los eufemismos.

—Yo, señora, no he atropellado a nadie. Conozco bien el código de la circulación y se mató por la carretera. Pero a los pobres se nos condena fácilmente sin muchas averiguaciones. No puedo consentir que después de haber estado purgando en la cárcel un delito que otro cometió, todavía...

—¿No sospecha usted quién fue el que atropelló al ciclista? — le interrumpió Corina.

—Si yo lo supiera...

—Yo lo sé.

Aquellas palabras, dichas con tanta calma, acabaron de sacar a Toni fuera de sí.

—¡Ah! ¿Conque lo sabía usted y se lo ha callado? ¿Y ha consentido usted en que me retiraran mi carnet de conductor, que le quitaran la manera de vivir a un hombre honrado?

Mientras Toni hablaba, levantando mucho las manos, daba grandes zancadas de un extremo a otro del salón, pero cuidando siempre de no pisar la alfombra con sus zapatos poco limpios.

Corina le rogó que se calmara y luego le dijo:

—Yo sé que el verdadero causante de la desgracia está dispuesto a darte una gratificación.

—No quiero limosnas. Lo que quisiera yo es que no me hubieran quitado mi reputación de buen conductor, que no me hubieran condenado injustamente.

Ella dobló entonces su cuerpo flexible sobre el brazo del sillón hacia el lado en que él estaba y preguntó insinuante:

—¿Y si hubiera sido yo quien atropelló al ciclista?

Toni se quedó mirándola y vaciló un momento, pero se recobró enseguida.

—¿Usted?... De usted, de una mujer, menos que de nadie aceptaría ese dinero. Lo que yo le hubiera agradecido siempre es que se hubiera presentado entonces a decir la verdad.

—No podía. Las circunstancias actuales de mi vida...

estoy tramitando mi divorcio. Un escándalo en estos momentos me hubiera perjudicado mucho. Créa que habíame matado al ciclista y fui asustada.

—¡Justo! ¡Y para evitarse usted un escándalo, que le metieran a un inocente en la cárcel!

—Por eso, porque me daba pena de usted, es por lo que le he llamado y estoy dispuesta a hacer por usted lo que necesite. Ahora, después de haberle revelado este secreto, he quedado en cierto modo a merced de usted. Usted puede exigir...

—Ahora me toma usted por un cachaño. — gritó indignada Toni. — Yo no sé hacer esas villanías. No la conozco a usted, no quisiera haberla conocido. Puede usted dormir tranquila.

Y sin despedirse siquiera, Toni se marchó a la calle. En el vestíbulo le esperaba ya el ayuda de cámara, que con la punta de los dedos le entregó su abrigo y su gorra de chófer.

V

Toni se había quedado sin trabajo; pero en el café Astoria había descubierto que tenía buena voz.

Hemi, desde el día que lo recibieron tan desconsideradamente en la redacción, no había vuelto a vender el "Wiener Express"; pero tocaba bastante bien el acordeón.

En fueron los dos por los mercados y ferias campesinas dando conciertos callejeros. A Hemi, especialmente, le agradaba mucho aquella vida de ancha libertad. Las ganancias no eran grandes, pero nunca dejaron de ser suficientes, porque Toni cantaba bien y los campesinos austriacos, que tienen un agudo sentido de la música, se paraban embobados a escucharle.

Un día de verano estaban dando un concierto en la plaza de una pequeña ciudad, en cuyas cercanías radicaba un famoso balneario muy concurrido por esta época. Cuando el concierto de oyentes era mayor, apareció por un lado de la plaza, viniendo del balneario, una linda carretela tirada por dos hermosos caballos, cuyos riendas llevaba una joven bañista vestida de blanco. Los campesinos le

abrieron paso respetuosamente, pero ella, en vez de pasar, detuvo los caballos en el centro del grupo y se quedó también a escuchar al que cantaba. Para oír mejor, se puso de pie sobre el coche y su figura juvenil, tocada con una pañuelo veraniega, igualmente blanca, sobresalía por encima de todas las cabezas. Los dos vagabundos sonían también un poco alta su figura, que era el tazón de una vieja fuente de piedra. La bella bautista se veía obligada a levantar bastante la cabeza bajo el ancho sombrero, para verlos bien y ellos, soñando, sólo a ella parecían dedicar su inspiración.

Heini, más práctico, le sugirió a Toni:

—Canta para ella: "En mi corazón hay sol..."

Toni cantó su canción favorita mejor que nunca y al terminar de cantar resonó en la plaza una ovación delirante. La bautista, sin grandes demostraciones, se acercó a los artistas callejeros y les ofreció su coche si querían ir a dar un concierto en su casa. No será preciso decir que ellos aceptaron encantados.

Pero no era precisamente a dar un concierto a lo que ella los llevaba. Por el camino le hizo a Toni otra proposición más ventajosa:

—Amigo mío — le dijo — canta usted como una loca, cantará. Pero no importa: eso teniendo una buena voz. Yo haré de usted, si quiere ser ópera, un gran artista. Yo desahucé también a mi marido, el gran tenor Frank Dalma, del que ahora trato de divorciarme. Yo soy Corina Dalma.

Toni no la había reconocido en su vestido de campo, hasta que oyó aquel nombre, y no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

Ella lo notó y se apresuró a cortarlo:

—No, no lo hago por el daño que le causé. Me fue usted simpático, aunque se despidió aquel día sin mucha corrección, y ahora veo que de sus facultades naturales de cantante puede sacarse gran provecho.

Aquella misma tarde en el coche de Corina marcharon los tres a su casa de Viena. La servidumbre, que sin duda conocía ya las excentricidades de su señora, no pareció sorprenderse con la llegada de aquellos dos extraños huéspedes.

—A esto — dijo Corina al ayuda de cámara, señalando a Toni — haga que le preparen habitaciones en el primer piso. A éste otro, con la servidumbre.

No le noto a Heini la amargura, por comprender que en la cocina podría moverse con más libertad que en los salones.

Desde el día siguiente empezaron las lecciones para Toni. Corina le permitió que volviera a salir una vez de lo que sabía, le enseñó a leer las notas y se pasaba las horas sentada al piano haciéndole practicar ejercicios de escenas. Tenía con él alternancias de suavidad y de dureza. A Toni después de los pasados días de bienestar, le resultaba más pesado su encierro, pero en cambio le seducía la presencia de aquella mujer hermosa, que tanto se interesaba por él.

¿Y por qué se interesaba tanto? Toni se ponía a pensar cuando se quedaba solo. A veces concebía una pequeña ilusión, pero se le adelantaba pronto viendo como ella, terminada la lección de música, desaparecía para no ocuparse más de él. ¿Y adónde iba ella entonces...? Otro profesor venía cuando ella se marchaba y le daba lecciones de Historia Universal, de Geografía, de Historia del Arte y de no sé cuántas cosas más. Unos criados muy correctos le servían la comida en sus habitaciones. Y él se pasaba allí todo el día, como el pájaro cantor que una mujer caprichosa hubiera encerrado en una jaula de oro.

Desde su ventana sólo podía ver pequeños trozos de jardín, porque los altos árboles le ocultaban el resto. Tenía que ser delicioso aquel jardín, cruzado por senderitos enserenados y cubierto de una fina hierba fresca.

Un día estaba él ensimismado tras el cristal de su ventana y por uno de los senderos entre los árboles apareció Heini. Procuró que le viera y que se acercara, porque no habían vuelto a hablar desde el día que llegaron.

—¿Por qué no bajas? — le preguntó Heini, que andaba en mangas de camisa, peinando con un rastrojo los tapices de hierba.

—No me deja — contestó Toni.

—¿Te ha castigado?

—Dice que la humedad puede hacernos daño en la garganta.

Heini se casó a 1961.

—No hagas caso, hombre; te lo digo yo que ha bebido mucha. Ella salió hace un rato; la vi montar en el coche. ¡Baja, hombre, baja!

No hacían falta muchos discursos para persuadir a Toni y se descolgó por la ventana, para que los criados no le vieran salir.

Los dos amigos se dieron un abrazo.

—Parece que has engordado, Heini.

—Seguramente. Se come muy bien en esta casa. En cambio, tú estás más fino.

—Me matan de hambre.

No lo entiendo. Yo en la cocina me doy unos banquetes atroces. El primer día al ver la mesa llena de fuentes cargadas de todo lo mejor, creí que era el cumpleaños de la señora. "Las señoras no tienen cumpleaños" — me dijo el ayuda de cámara, que es muy amigo de aconsejar. — "Entonces — dije yo — ¿es que en esta casa se come siempre así?" — Y se echaron a reír todos. Yo no perdí por eso el apellido.

—¿Y beber? ¿Es bueno el vino de la cocina?

—Excelente. El cocinero, que se ha hecho muy amigo mío, subió ayer tarde de la bodega una botella y nos la bebióme mano a mano para hacer pasar unos trozos de jamón. Era un vino riquísimo. Me dijo el cocinero que tenía treinta años. Es una pena que dejen envejecer así a un vino tan bueno.

—Veo que eres tú el que ha salido ganando — dijo Toni melancólicamente. — ¿Quieres saber lo que he cenado yo anoche? Una ensalada sin aceite ni vinagre y dos ciruelas. Para beber, agua y no mucha, porque engorda.

—¿No protestas?

—Cuando protesto, el camarero me dice: "Como el señor Dalma. Eso comió el señor Dalma". Ese Dalma es el marido de Corina, del que ahora quiere divorciarse.

—Sí, me han contado los criados que a Frank Dalma le descubrió también ella cuando sólo era un tipo de la calle. Hizo de él el artista famoso que es ahora y se casó con él. Pero, según parece, Dalma no podía sufrir las privaciones a que Corina le sometía. Cuando ya tuvo fama

y dinero no consiguió ella sujetarle y aún así dado a la buena vida, sin cuidarse de que el vino y las amigas seall cosa mala para la voz.

—Por lo visto los artistas tenemos que hacer vida de frailes.

—No hagas caso, Toni. Frank Dalma come en los mejores restaurantes y a pesar de eso sigue teniendo constipacos. Espera un poco, voy a traerte algo de la cocina. Tú estás teletó y es porque tienes hambre.

—Heini no pudo cumplir sus propósitos. Era indudable que alguien había visto su manobra, porque Corina, llegando de pronto, los sorprendió "infraganti". Arrebató a Toni de las manos el pedazo de carne que le faltaba por ponerse y le condujo a sus habitaciones, sermonizándole amargamente.

Heini le dijo:

—Espere aquí un momento, que vuelvo en seguida.

Toni no volvió a ver a Heini en el jardín, aunque se asomaba muchas veces a la ventana.

VI

La educación de Toni proseguía a marchas forzadas. Aunque Corina sólo le daba lecciones de música, se interesaba también por los progresos que hacía en las otras enseñanzas y a lo mejor se presentaba a cualquier hora en su cuarto de estudio.

Una tarde que llegó como tantas otras veces, encontró a Toni estudiando su lección de historia.

—¿Qué lección te toca hoy?

—Cataluña de Rusia.

—¿Quién era Catalina de Rusia?

—Catalina — dijo Toni, repitiendo de memoria. — Era una reina coqueta y caprichosa. Tuvo muchos favoritos y se gamba en hacerlos sufrir...

Toni había repetido muchas veces a estas esta lección, pero únicamente ahora en presencia de Corina advirtió el parecido moral que había entre la Reina de Rusia y su protectora. En esos momentos se quedó absorto. También

Corina tenía un brillo de pasión en los ojos y eran sus labios finos y crujeles.

Observó ella acaso la comperación que estaba haciendo y le dijo:

—¿Por qué te quedas pensativo? Me parece que no estás muy contento de tu modo de vida.

—Me resigné a ella porque es necesario; pero era más feliz cantando junto al acordeón de Heini por las plazas aldeanas.

—¿Quieres volver a aquello?

—No.

—Entonces, ¿de qué te quejas?

—De que me ha quitado usted el gusto de mi vida anterior y no adierro a ser feliz en ésta.

—¿Te acuerdas de Heini? ¿De Miaz...?

Toni no se acordó entonces de Miaz y al oír su nombre experimentó un tierno sentimiento, que era de compasión, ante la figura desdibujada de la pobre muchacha, que tanto le había gustado.

—¿Es por Miaz? — repitió Corina, viendo que Toni no contestaba.

Toni sacó la cabeza.

Aproximó Corina los sillones y estrechó la mano de Toni.

—¿Sé fuerte, muchacho! — le dijo. — Ten un poco de paciencia. Yo haré de ti un gran artista!

—¡Un gran artista! A todas horas me dice usted eso. Si llego a ser un gran artista, no olvidaré nunca que gracias a usted logré serlo; pero entretanto...

—Tienes que privarte de muchas cosas, es indispensable.

—No hablo de eso — contestó Toni, preguntándose un poco nervioso. — Ayer tarde hablaban ustedes en el salón de abajo y con el ruido no me dejaban estudiar. Sentí curiosidad por ver los que bailaban y bajé entrecelosamente. A través de la puerta de cristales la vi a usted bailando con un joven, que tenía el pelo muy planchado. Sobre la mano de él se doblaba una cintura como un júbico y se reía usted con lo que él decía como yo nunca la he visto reír. Estuve tentado de esger a aquel hombre, sacarle afuera y preguntarle: "¿Qué dice usted a Corina para que se

ría así? ¿Qué hay que decir a esta mujer para que se ría? Para mí, sólo tiene seriedad y palabras frías..."

Corina acabó riéndose ahora.

—Mira — le dijo — ya has conseguido lo que deseabas. Y poniéndose otra vez seria, añadió:

—Hiciste bien en no entrar en el salón. No quiero que se burlen de ti. No sabes bailar todavía, pero también eso tendrás que aprender. De lo que me decías tú bailarín del pelo planchado ya no me acuerdo. ¡Nada...! Las mil cosas que se dicen al bailar y que luego se olvidan, porque no tienen importancia. Tú, en cambio, la tienes para mí muy grande... Vamos al comedor — añadió levantándose. — Desde esta noche comerás conmigo.

Se sentaban el uno frente al otro en una mesita pequeña del comedor íntimo. Toni se llevaba la cuchara de través a la boca y hacía un ruido espantoso al sorber el caldo. Corina le enseñó a evitar aquel ruido tan desagradable. Luego trajeron la carne y Toni, para cortarla, le vantaba los codos hasta cerca de las orejas.

—Traiga usted los dos tomos de la Historia Universal — ordenó Corina al ayuda de cámara.

No podía sospechar Toni para qué quería Corina en aquel momento los tomos de la Historia Universal. Los quería para colómrseles a él uno debajo de cada brazo.

—Corta ahora la carne — le ordenó después que el ayuda de cámara se los colocó.

Cada vez que Toni iba a levantar los codos, según su costumbre, para hincar el cuchillo y el tenedor, los libros caían al suelo.

¡Ahora el que se reía Corina! Y se reía el ayuda de cámara...

Toni no pudo soportar aquella nueva humillación cuando se había de entrecer un principio de felicidad y se levantó malhumorado.

Después se levantó detrás de él para retenerle:

—Ten paciencia, hombre. Te lo hago para que aprendas. Pero a poco lo conseguirás. Si me prometes ser bueno, te daré permiso para que vayas el domingo a comer con tu familia.

Cumplió Carina la promesa y el domingo fué Toni a comer bajo la parral del patio de su casa.

Heini y Mimi, que ya le esperaban, salían a recibirlo. Los novios se dieron un abrazo, que fué más cariñoso por parte de Mimi después de no haber visto a Toni en tanto tiempo. Además le encontraba más refinado y más elegante.

— Parece que te trata bien la vieja — le dijo.

— ¿La vieja? — preguntó con extrañeza Toni.

Pero Heini le hizo un guiño:

— Sí, hombre, esa vieja loca, que se ha empeñado en hacerte artista de fama.

— Ah, ya! ¿Te refieres a mi protectora? Quiere hacer de mí un gran artista, pero si no lo consigue pronto, me va a dejar en los huesos. Dice que los artistas tenemos que ser vegetarianos y no veo la carne más que por casualidad. ¿Qué me vale a dar de comer?

— Ven, ven a la mesa, pobrecito — le dijo Mimi. — Tenemos una pierna de carnero.

La madre y la abuela encontraron también a Toni un poco más bajo de color, pero más señorito. Luego se acomodaron todos a la mesa. Lo primero que hizo Heini fué llenar los vasos de vino y le ofreció uno a Toni.

— Toma, hay que limpiar antes el camino para lo que vamos luego. No está tan viejo como el de la señora Dalma! Por eso es más alegre.

Toni tomó el vaso y apenas se mojó los labios con el vino.

Luego Heini se quitó la chaqueta y la colgó del emparrado.

— ¿No le la quitas tú, Toni?

— ¡Si me viera hacer eso la señora Dalma! Es aquella que para ir al comedor es cuando tiene uno que ponerse más elegante.

— No te acuerdes ahora de esa vieja desequilibrada. Trae la chaqueta.

Heini se la quitó y la colgó con la suya.

Quando llegó a la mesa la pierna del carnero, bien dorada, a Toni le ofrecieron el mejor trazo. Heini se había



Corta ahora la carne — le ordenó después que el ayuda de cámara ...



Los claxons de todos los taxistas de Viena le saludaron.

cogido el suyo con las dos manos y la estaba devorando como un león hambriento.

A la abuela le extrañó mucho el modo que tenía Toni de partir la carne con los codos más bajos que la mesa.

—¡Ay, hijo mío! ¡En qué delincencias andas! — suspiró. — ¿Es que estás enfermo?

Como le dió vergüenza a él aquella observación de la abuela. Miró a un lado y a otro para convencerse de que no estaba allí Corina y terminó cogiendo también la carne con las dos manos. Como Hotal. Y como Miazl, que también estaba luchando valientemente con un trozo que le había correspondido.

Los nuevos hábitos que Corina le había inculcado hacían a Toni sentirse extraño en su propia casa, pero cuando soltó el cuchillo y el tenedor, pendióse a tono con la mesa, desapareció la curiosidad y él volvió a ser el muchacho alegre de siempre. Hasta le pareció más agradable la sencillez sin afectos de Miazl que en el primer encuentro había desmerecido mucho a sus ojos comparándola con la belleza refinada de Corina.

A Corina le costó parecer, cuando Toni regresó a su casa, que aquellas visitas no le sentaban bien y no le volvió a hablar de repetir. La verdad es que él tampoco las deseaba mucho.

Pasó mucho tiempo sin que Toni se cuidara de saber noticias de los suyos. Tenía todo el tiempo ocupado con sus estudios y Corina apenas le permitía salir de casa, porque había entrado ya el invierno y temía que se acatrafase. Un día que ella estaba sentada al piano y él a su lado dando la lección de música, entró muy de prisa el ayuda de cámara diciéndole:

—En la puerta hay una muchacha modestamente vestida que quiere a toda costa ver a la señora.

Estaba Corina dudando si la mandaría pasar, cuando la muchacha penetró corriendo en el salón.

—¡Miyel! — exclamó Toni asombrado. — ¿Qué manera de entrar es ésta?

—La única que tenía — confesó la pequeña taxista. — Con que ésta era la vieja, ¿eh? ¿Esta era la vieja? — añadió, mirando a Corina. — Ya sospechaba yo que no sería

por una visita por lo que me habías olvidado. Pero, ¡oh!... al lado de esta señorita tan elegante, en tales salones! ¿cómo te has a acordar de mí? Te he visto al lado de ella cuando he entrado; estábamos los dos muy juntos. Por eso te has enfadado tanto.

—Calla, Míral. Si tú supieras...

Míral no callaba y rompía nerviosamente entre los dedos un trozo de jersey que tenía empujando.

—¡No... no, ya calla, ya me voy...! No hace falta que te acuerdes ya nunca de la pobre vendedora de flores. Yo solo quería saber, pero no tengas miedo de que vuelva a molestarte. Quédate con ella... que seas muy feliz, aunque yo sea desgraciada...

La infeliz chiquilla seguía hablando entre sollozos, sin que Toni ni Corina se atrevieran a interrumpirla, mientras la veían marchar hacia la puerta. Entró el ayudo de cámara trayéndole la cesta de flores, que se había dejado en el vestíbulo y la empujó suavemente hacia adentro. Míral salió corriendo y enjugándose una lágrima.

La escena había sido rápida y dejó a Toni y a Corina un poco desconvidos.

—¿Era tu novia? — preguntó ella.

—Era la única mujer a quien había querido... y también esa tengo que dejarlo. ¡Oh! ¡Qué gran artista va a hacer usted de mí!

Y Toni salió corriendo a encerrarse en su cuarto.

VII

Había llegado ya el momento de que Toni fuese presentado en público. Corina estaba satisfecha de su obra y poseía de antemano con la perspectiva del triunfo que a Toni le aguardaba.

En el Teatro de la Opera el nombre de Corina Dalma era respetado, porque todos sabían que era ella la que había descubierto a su marido. También se sabía ahora que tenía un nuevo discípulo, al que estaba preparando. En algún periódico se habían hecho ya ciertas insinuaciones sobre la próxima aparición del joven candidato a la

sucesión de Frank Dalma, es el pináculo de la gloria por lo menos.

En cuanto Corina le solicitó, la Dirección de la Opera organizó una gran fiesta de Arte en el gran local del teatro para que fuese presentado Toni Kovalski. Los invitados formaban un grupo reducido, pero muy selecto, de personas del arte y de la aristocracia vienesa.

Uno de los invitados era Frank Dalma. Al entrar vio a su esposa rodeada de admiradores, que le preguntaban por primera vez sobre la personalidad de su discípulo. Frank se acercó también a ella y la estrechó la mano.

—¡Oh, querida! — le dijo —. Te encuentro más bella que nunca.

—Aunque no fuera verdad — repuso Corina — te siempre me lo dirías así. Te agradezco la galantería.

—Mi admiración por ti es invariable, lo mismo que mis sentimientos.

—Lo creería completamente si dejaras tu vida de diversiones y operas más ruidosas de no malograr el tesoro de tu voz.

—Yo no puedo olvidar que es a ti a quien la debo. Pero no debes ser implacable, Corina. Mi voz no se resentirá nada.

—No tardará en resentirse. Sé que sigues bobinando más de lo que te conviene y que tramas cosas...

—No es este momento de discutir, Corina. Ni yo estaría discutir contigo. Tú has tomado la iniciativa en el asunto de nuestro divorcio y así está mejor. Mi abogado tiene la orden de aceptar sin discusión tus cláusulas. Y ahora dime: ¿Cómo va tu discípulo?

—Ahora lo has de ver. Creo que agradará.

—Siendo obra tuya, estoy seguro.

Frank volvió a estrechar la mano de su mujer y se dirigió hacia el otro extremo del local, donde le estaban esperando dos bellas admiradoras de las que se había separado un momento para ir a saludar a Corina.

Tenía Frank bastantes años más que ella. Entre el pelo negro le asomaba ya en las sienes alguna cana. Era alto con fortaleza de hombre hecho y, sin embargo, aquellos días, tras de la libertad conseguida, andaba como

chico asombrado gozando de las facilidades que le daba el dinero y las admiraciones despertadas por su nombre de artista famoso. Se le vio pasar dos o tres veces de un extremo a otro del hall, llevando colgadas de ambos brazos, como un estudiante que exhibe su primera conquista, a aquellas dos amigas, que no eran ciertamente las más bellas de la reunión.

Mientras tanto Corina se dedicaba a las presentaciones de su discípulo. La simpática figura de Toni, resinada por los cuidados de Corina, producía la mejor impresión y todo el mundo estaba deseando ya oírle cantar.

¡Y cómo cantó aquel día Toni! Su voz de un volumen inusitado para los que no le conocían llegaba en los registros medios a unas alturas supremas y se montaba en ellas con una facilidad, que asombraba a los más exigentes. Se veían en él unas facultades extraordinarias, pagadas por la mano inteligente de Corina, con lo que la voz bellísima del joven tenor llegaría a alcanzar calidades prodigiosas.

Toni había empezado a cantar con cierta timidez, pero buscó con la vista a Corina y recibió inspiración y valor en aquellos ojos que le magnetizaban.

Al terminar el concierto, el tenor y su madrina recibieron por igual las felicitaciones más entusiastas.

Frank cruzó también junto al grupo y felicitó a su mujer.

— ¡Enhorabuena, querida! Sigues teniendo la mejor mano.

Luego cogió del brazo a sus dos amigas para salir; pero una de ellas se quedaba un poco atrás mirando a Toni.

Cerca de la puerta se encontró todavía al Director y creyó oportuno recordarle como de pasada.

— Señor Director, no olvide usted estudiar lo del aumento de mis honorarios. De América me llaman insistentemente... La verdad, yo no quisiera marcharme, pero si no tengo más remedio...

El Director prometió estudiarlo, pero el momento no podía ser menos a propósito para ello, porque lo que el Director iba pensando entonces era en organizar una fun-

ción extraordinaria para presentar a Toni ante el público de La Opera. El éxito había sido rotundo y aquella misma tarde quedó acordado casi por aclamación, entre los invitados a la fiesta que Toni cantara para su presentación "Turandot", la ópera de Puccini.

Los días de ensayo fueron de mucho trabajo para Toni. Pero el muchacho había dividido ya la gloria prometida y Corina se encargaba de pintársela a todas horas con los más vivos colores. A veces le veía nervioso y acudía a los medios de seducción que tanto influjo ejercía sobre él.

Le ponía sus manos en los hombros, apoyando su pecho sobre el de Toni y le pedía, mirándole con pasión en los ojos:

— ¡No te acobardes, chiquillo! ¡Cantarás bien, verdad? ¡Cantarás, como el otro día?... ¡Hazlo por mí! Luego vendrá la gloria... Los grandes contrastes... Viajaremos por el mundo entero. ¡Viajaremos juntos...!

— ¡Sí, cantaré por ti...! ¡Viajaremos juntos...! repatón Toni envuelto en el perfume del cuerpo de Corina. Y cuando ya cerraba los ojos como hipnotizado y la iba a estrechar en sus brazos ella se dedicaba sutilmente como si no hubiera sido más que una sombra. Deirás de ella quedaba la estela de promesas y de sueños entrevistos, que daban a Toni fuerzas para triunfar y merecerlas.

Se hizo un gran reclamo entorno a la presentación del nuevo artista. Todas las localidades del gran teatro de la Opera estaban ocupadas para oír a Toni Kovalski. El se había acordado aquel día de su familia, haciendo reservar localidades para ella. Cuando ya iba a empezar la representación, la abuela y Heidi, radiantes de orgullo y vestidos con las viejas galas de su época, se presentaron en un palco despertando la curiosidad de los elegantes espectadores, que los miraban desde las butacas y los palcos próximos.

Mimi había tomado asiento en las localidades altas y estaba esperando llena de emoción, entre los espectadores anónimos, a que el telón se levantara para volver a ver a su antiguo novio.

No es fácil decir en pocas líneas cómo cantó Toni su parte en Turandot. Todas las matices de su voz, clara y

poderosa a la voz, bailaron en la bella ópera de Paerchl un marcho acompañado de exhibición. Toni estaba demostrando que era un gran actor además de ser un cantante extraordinario y el público deliraba de entusiasmo cada vez que el torrente de la voz de Toni salía limpiamente de su garganta privilegiada.

Al final de la representación, los aplausos entusiasmados de los espectadores de butacas llegaban a convertirse más arriba en aclamaciones interminables... Y la viejecita se levantó en su palco, reventando de satisfacción y exclamó dirigiéndose al público:

—¡Yo soy su abuela!

Los de arriba y también los de abajo comprendieron el legítimo orgullo de la pobre viejecita y la dedicaron una ovación.

Después, en lo alto anudada en su barandilla, se limpiaba los ojos con el pañuelo y los que la veían llorar creían que era por la emoción que se desprendía de la obra...

VIII

Terminado el último acto, Frank Dalma se dirigió al taburet con una de sus amigas.

Estaban en un palco cuando sonó el teléfono. Se puso ella al aparato:

—Es el Director que te llama.

—No puedo ahora. Dile que le verá mañana.

Contestó ella y volvió diciendo:

—Dice que necesita hablar contigo inmediatamente. Y ha colgado el aparato.

Frank se puso de meditación: "¡Con Frank Dalma no se puede hablar a cualquier hora!"—dijo, pero cogió el tubo y se dirigió a su despacho. Antes apuró un trago al vaso de wisky que tenía sobre la mesa.

—¡No bebías tanto!—le reconvinó su amigo desquiciadose.

El Director Hamaba a Frank Dalma para restituírle su libertad.

—He estudiado su proposición—le dijo— y no puedo

aceptarla. Queda usted libre para marchar a América, si así lo desea. Aquí deja usted un digno sucesor en Toni Kowalski, cuyo contrato el público me impone ya después del triunfo de esta noche.

A esta conversación, por pura casualidad, estaba presente Corina, que había entrado a despedirse. Toni, con el abrigo en la mano, esperaba para ofrecérselo.

Frank no pudo soportar aquel espectáculo delante de su mujer, saludó sin hacer reparos y se marchaba... pero le detuvo ella:

—Ya lo ves. ¡He triunfado! ¡Se ha cumplido pronto mi venganza!

—Te ensañas además... ¡Eres cruel!— contestó Frank vencido.

—¡No, no soy! ¡Es mi amor! Tú sabes cuánto te amé. Pero te pesaba mi prisión, que era bien blanda. Te busqué muchas veces y no quisiste darme. Ahora ya te vas para siempre y te vas vencido... ¡No, no creas que mi venganza ha sido demasiado alegre!

El Director había salido discretamente. Frank se marchó también anudada, sin encontrar contestación digna frente a los reproches de su mujer y cuando Corina se volvió hacia Toni para recoger su abrigo, vió que lo tiraba rabiamente sobre una butaca y que la apartaba a ella para marcharse también.

—¿Adónde vas?—le preguntó, sujetándole por un brazo.

—No lo sé... A cualquier parte donde no te ves a tí, que has jugado conmigo despiadadamente. Ni siquiera te ha importado que yo lo estuviera oyendo todo...

—¿Qué has oído, chiquillo loco? ¡Que ya soy libre! ¡Que ya sólo a tí voy a dedicar mi vida!

—Tu vida no me hace falta. ¡Ojalá no se hubiera encontrado nunca con la mía!

—Pero yo necesito la tuya. No te irás... ¡Eres mi hombre!

—He sido el instrumento de tu venganza. Ya la has cumplido. ¿Para qué me necesitas ya? De mis contratos tendrás siempre una parte, para que te cobres lo que diste y no tener nada que agradecerle. Me hiciste creer en un amor que no servía para vengarte de Frank a quien

amabas, a quien amas todavía... Déjame, déjame... Me voy con los míos.

—¡Espera un poco! Mírame, Me fuiste siempre simpático. Tienes un carácter apasionado y dulce. No te vayas de mi lado... ¡Mírame...!

Corina le había colocado ya sus manos sobre los hombros. Las sabía minuciosas hasta el cuello. Tenía sus labios más cerca que nunca de los labios de Toni...

Toni había cerrado ya los ojos. La oprimió la cintura como otras y ella ahora no se marchaba como una sombra...

Ya iba Toni a caer vencido, pero hizo un esfuerzo, se casó de Corina y salió corriendo a la calle.

Los claxon de todos los taxis de Viena le saludaron con un pitido prolongado. Estaban allí todos esperándole para llevarle en triunfo. Sobre la capota de un coche vio a Heini con su acordeón y junto a él estaba Mizzi. ¡También estaba Mizzi! Saltó de un salto y abrazó a su novia con una abrazo fuerte, fuerte, como si quisiera borrar de aquellos otros que nunca terminó de dar...

Mizzi se llevó el pañuelo a los ojos y Heini, que la veía llevar ya sabía porque lloraba.

FIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert y Jan Kiepura.
- 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.

En preparación

Juventudes rivales, por Charles Farrell y June Martel.

La marca de Cain, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.

Una chica de provincias, por Janet Gaynor y Robert Taylor.

Siete bofetadas, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.

PUBLICACIONES CINEMA

APARTADO. 47

SAN SEBASTIAN

